

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

## REVISTA DE HISTORIA

Director: el Decano, DR. ELÍAS SERRA RÁFOLS

Tomo XIII

La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)

Año XX

Una carta de Alejandro von Humboldt  
durante su estancia en la isla de Tenerife

por GOTTFRIED VON WALDHEIM



Bajo el reinado de Federico el Grande, a pocos kilómetros de Berlín, en la provincia de Brandenburgo, se extendía el feudo de Tegel, y más al Norte, el de Ringenwalde. Perteneían éstos a Alejandro Jorge von Humboldt, oficial del ejército del rey, con el que tomó parte en no pocas batallas, llegando a adquirir el grado de comandante. Su conocimiento de diferentes idiomas y su sólida cultura le hicieron rebasar el nivel medio de un *Junker* prusiano.

Pasó parte de su vida en la corte del príncipe heredero de Prusia, del que fué gentilhombre de cámara, y casó con la bella Elisabeth von Colomb, viuda de von Holwede, y perteneciente, ella también, a la nobleza brandenburguesa. El matrimonio se instaló en Tegel, donde nacieron sus dos únicos hijos: Guillermo y Alejandro, el primero en 1767 y el menor el 14 de septiembre de 1769.

El castillo de Tegel no presentaba ningún aspecto de siniestro feudalismo, y sí, más bien, el de una gran villa rodeada por su finca de labor y recreo, hasta que Guillermo, en las primeras décadas del siglo XIX, cambió la edificación, inspirándose en el estilo neoclásico, tan en boga por aquellos tiempos. Las líneas se tornaron sencillas, los muros fueron

blanqueados y únicamente severas columnas adornaban la sobriedad del edificio. Cuatro torres demuestran como decoración los ocho vientos en esculturas, copiadas de la "torre del viento" en Atenas. Frondosos árboles, anchas avenidas hacían el lugar acogedor, y los cisnes, como dueños de su pequeño estanque, fueron los suaves amigos de la niñez de Alejandro y Guillermo.

Una avenida de sombríos cipreses conduce a las tumbas de la familia von Humboldt. Bajo uno de ellos duerme Alejandro; una muerte plácida llevó al postrer viaje al investigador infatigable, que pudo ver en su senectud colmados todos sus deseos al ser publicada su obra cumbre, su *Cosmos*.

Días antes de su muerte (el 5 de mayo de 1859) se cumplía el 60 aniversario de su viaje a tierras canarias, sueño de juventud de este pacífico conquistador de nuevos mundos geográficos y físicos.

Huérfanos de padre desde muy niños, Elisabeth se hizo cargo de continuar la educación de los dos hermanos.

Sensible, serena y gran soñadora narraba a sus hijos, al calor de la vieja chimenea o al borde del melancólico lago de Tegel bajo los oscuros pinos, la hermosura de la creación de Dios. Su idea de darles una amplia cultura, para encaminar la aguda inteligencia de sus hijos, se realizó plenamente.

Y fué la madre la simiente de aquella divisa que llevó Alejandro durante toda su vida: "El hombre debe querer lo grande y lo bueno" (*Der Mensch muss das Grosse und Gute wollen.*)

Preceptores elegidos por ella inteligentemente, tales como el estudiante Campe, que daba más tarde, como editor, a la juventud alemana *Robinson Crusoe*, les instrúan sobre la historia del descubrimiento de América o los hechos y aventuras de un Núñez de Balboa, que impresionaron la imaginación y fantasía del hijo menor de estos sobrios hacendados.

Muy jóvenes todavía, los hermanos entraron en contacto con la vida intelectual de Berlín, de ese Berlín pequeño y pobre que llevaba el estigma de recientes guerras e invasiones, pero que renacía con vigor a la vida espiritual.

Trabaron amistad con el judío Mendelssohn y los vemos con frecuencia en el salón de la ingeniosa Henriette Herz, blada hospitalaria de este grupo de ambiciosos espirituales, donde acudía también con frecuencia

Rahel Levin, amiga sentimental del secretario de la Legación de España, Rafael de Urquijo.

Literariamente la "Berlinische Monatschrift", más tarde la "Neue Berlinische Monatschrift" (Revista mensual berlinesa), editada y dirigida por Biester y nacida en la época del enciclopedismo, trataba de modificar las ideas filosóficas francesas y preparaba el neohumanismo. En esta revista se cultivaba no solamente el terreno filosófico sino también el científico, las relaciones de descubrimientos, viajes, etc. El propio Biester tradujo al idioma alemán diferentes trabajos, entre ellos una réplica del botánico español Padre José Cavanilles a la *Nouvelle Encyclopédie*, en él que se daba un juicio exacto y justo sobre España.

La publicación de la correspondencia entre Biester y Alejandro nos refleja los lazos de amistad que los unieron siempre, y las palabras de aquél en la carta dirigida a sus lectores en 1803, cuando éste estaba viajando por América del Sur, nos lo demuestran de un modo claro: "... teniendo en cuenta el contenido de las cartas de Alejandro, tan importantes para el conocimiento de tierras y naciones, nos produce una inmensa alegría saber de él. Habíamos empezado a preocuparnos por su suerte y nos contentan sobremanera las noticias de tantos y tan importantes descubrimientos realizados, ya que ningún europeo los había hecho hasta ahora. Deseamos el pronto regreso del viajero que vendrá colmado de múltiples conocimientos y con ricos y variados tesoros..." (Cfr. "Neue Berlinische Monatschrift", de 1803, julio, pág. 61 y sigtes.)

Antes de realizar su viaje al Nuevo Mundo, Alejandro tuvo contacto con diversas personalidades españolas. Había cursado estudios en las universidades de Francfort del Oder (1787/88) y Goettingen (1789), en la Academia Comercial de Hamburgo 1790) y en la Academia de Minas de Freiberg, en Sajonia (1791), en cuyos anales se mencionaron José y Fausto d'Elhuyar, con los que tenía relación. José fué más tarde director de minas en Santa Fe de Bogotá y Fausto director general de minas en Méjico.

Lazos de amistad unieron a Alejandro, en 1788, al director del Real Jardín Botánico de Berlín, Willdenow. Tres cartas de aquél, escritas en latín, sobre problemas botánicos, se conservan en la Biblioteca de la Sociedad de Amigos del País en La Laguna y en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, cruzadas con el director del Jardín Botánico de La Orotava.

En Goettingen conoció a Forster, naturalista y compañero del capitán Cook en su viaje alrededor del mundo. Ambos permanecieron algún tiempo en Tenerife.

Humboldt, en Freiberg, entabló contacto con el estudiante Leopold von Buch, gran físico y amigo entusiasta del Archipiélago canario.

Terminados sus estudios, Alejandro entró como consejero de la administración de minas, en 1792, al servicio del estado de Prusia; viajes oficiales y diferentes misiones aumentaron sus conocimientos.

La muerte de su madre, acaecida en 1796, cambió la orientación de sus planes. Abandonó el servicio del Estado y dirigió sus pasos a Jena, ciudad universitaria cerca de Weimar.

Íntimo contacto existía ya entre Alejandro y Goethe y Schiller. Estos dos últimos dirigían la revista "Las Horas" (*Die Horen*), desde la que difundían y defendían sus bellas ideas literarias y filosóficas; en uno de sus números publicaron en 1795 un trabajo de Humboldt, titulado *El genio de Rhodos*.

Problemas geológicos y físicos atrajeron a Goethe en gran modo y *La teoría de los colores* y *El ensayo sobre la metamorfosis de las plantas* eran obras que pertenecieron al radio de acción común de éste y Alejandro. Esta época en la que sostuvo un intercambio de ideas tan abundantes con Alejandro y con Guillermo, que vivía también en Jena, fué para él, según nos dice, "una de las más luminosas de su vida" (*einer seiner lichtesten Lebenspunkte*).

En 1797, Jena-Weimar era el centro del mundo intelectual. Alejandro y Guillermo mantenían cordiales relaciones de amistad y trabajo con los hermanos Schlegel, con Schuetz, con Hufeland y con Niethammer. Las personalidades de Schiller, Herder y Wieland les interesaron vivamente.

Siguiendo sus estudios de ciencias puras, Alejandro, con su amigo Buch, efectuó en 1797 un viaje por los alrededores de Salzburgo, del que sacó importantes resultados geológicos.

La siguiente etapa de su vida fué París, donde encontramos, en 1798, a los dos hermanos. Guillermo y su genial esposa Caroline von Dachscheden trasladaron su hogar a la capital francesa.

Bien pronto el salón de Caroline fué centro de reuniones de sabios, artista y literatos. Vemos en él al pintor David en compañía de personalidades como St. Croix, Corai, Chardon de la Rochette, conde de Schlabrendorf, entre otros.

Fruto de sus trabajos con Lagrange, Cuvier, Lalande, Delambre y Jussieu, Alejandro dió el 1º de julio de 1798, en el Instituto Nacional de Francia, su famosa conferencia.

El Directorio de la República Francesa le invitó a tomar parte en una expedición al Pacífico con el capitán Baudin. Dicho proyecto, como también un viaje de Marsella a Egipto con Lord Bristol, no se realizó. Este fué detenido en Milán y la invasión de Egipto por Napoleón Bonaparte impidió llevarlo a cabo. En su deseo de poner en práctica sus conocimientos e investigar los problemas físico-geográficos del Nuevo Mundo, Alejandro buscó con éxito la protección de la corona de España.

Humboldt y su compañero de viaje el francés Aimé Bonpland entraron en España a fines de diciembre de 1798, donde permanecieron hasta junio del año siguiente. Fueron recibidos con gran hospitalidad y prepararon con gran esmero durante todo este tiempo el viaje al Nuevo Continente. Gracias al apoyo del ministro de Sajonia en Madrid, barón de Forell, y favorecidos por Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos IV, les fueron facilitadas toda clase de informaciones y recomendaciones, fueron presentados a la corte y sostuvo Alejandro estrechas relaciones con el botánico y sacerdote Antonio José Cavanilles, con Casimiro Ortega, con Clavijo, redactor de "El Pensador", con su compatriota Herggen y con el químico Louis-Joseph Proust. Visitó gran parte de la Península, de la que quedó maravillado; el paisaje levantino le llegó al alma y se dice que ante las rocas del Montserrat su admiración fué tal que por algunos momentos quedóse extático, en forma que cuantos le rodeaban creyeron había perdido la razón.

Desde Valencia escribió a sus amigos: "Desgraciados vosotros que apenas si encontráis con que calentaros, mientras yo me paseo por aquí entre los naranjos en flor, la frente bañada en sudor; mis pies andan sobre campos regados por mil canales que dan cinco cosechas al año. En medio de esta exuberancia de plantas y flores, rodeado de seres humanos de belleza indescriptible, se olvida uno pronto de las incomodidades del viaje y la falta de confort de las hospederías, donde no se encuentra a veces ni pan para comer.

En Cataluña y Valencia el país es un eterno jardín, encuadrado de cactus y pitas. En los claustros las palmeras cargadas de frutas se elevan a 40 ó 50 pies de altura. La campiña es un bosque de olivos y limoneros. Cerca de Coll-Balaguer, en la desembocadura del Ebro, una plani-

cie de 10 millas de largo está salpicada de palmeras, pistacheros y rosas de todas clases. Los cerezos están en flor; aun en medio de las zarzas, los narcisos florecen. Ninguna ciudad de España se puede comparar con Valencia en el desarrollo de su vida vegetal. Parece no haber visto nunca ni árboles, ni hojas cuando se perciben estas palmeras y buniatales. Bellos edificios adornan las costas del mar. En Cataluña la industria no es inferior a la de los Países Bajos: se fabrican tejidos en todas las aldeas, se construyen barcos; en ningún sitio ni la agricultura ni la horticultura está tan adelantada en Europa como entre Castellón de la Plana y Valencia”.

Era el mes de mayo cuando, en posesión de un salvoconducto real muy amplio, emprendieron su viaje; la Sierra de Guadarrama seguía blanqueada por la nieve y, cruzando por Castilla, Astorga y Lugo, llegaron a La Coruña. Después de algunos días de espera en este paisaje tan diferente al de Levante pero no menos hermoso con sus castaños, sus bosques de roble, las diferentes tonalidades de verde que hacen tan suave la dulce campiña, ante la bahía de La Coruña, donde se encuentran los castillos de Santa Cruz y San Antón y la bravía playa de Bastiaguero, esperaron con los espíritus tensos—ya que España se encontraba en guerra con Inglaterra—a que la fragata “Pizarro” levantara anclas en una madrugada borrascosa del 5 de junio.

La emoción embargaba la mente de todo viajero y sus espíritus se hallaban estremecidos. Naves enemigas patrullaban sin cesar por la ruta de las Indias. Pero, afortunadamente, nuestra brava fragata “Pizarro” realizó felizmente la primera etapa de su viaje.

El 19 de junio tocaron en el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Alejandro debía de recorrer el Nuevo Mundo hispano durante casi cinco años.

Al no ser nuestro objeto acompañar a Humboldt y a su amigo Bonpland en tan larga empresa, pararemos nuestros pasos en el maravilloso Archipiélago canario.

Se dice que Alejandro al enfrentarse ante el grandioso espectáculo del valle de La Orotava, con la cadena de montañas que tiene a su izquierda el Pico de Tenerife, inclinándose en tierra exclamó, conmovido por tanta hermosura:

“¡Feliz el hombre al cual Dios concede la suerte de morir ante creación tan perfecta!”

\*\*\*

Como pasa con muchos autores del pasado, su recuerdo y su nombre son más conocidos que sus obras. No es nuestro intento informar al lector extensamente sobre la producción científica y literaria de Alejandro.

De su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente, 1799 hasta 1804*, se publicaron varias ediciones, la primera en francés en 1811 y otras más tarde, por lo que la crítica alemana lo atacó. Con asombro escribía Alejandro a un amigo: "He oído que en Alemania corren rumores de que me dejó traducir al alemán. Tal rumor indica poca simpatía y quizás enviada hacia mí. Creo firmemente que ahora puedo escribir el español correctamente, pero estoy lo bastante orgulloso de mi patria para hacerlo en alemán, aun cuando mi estilo resulte duro y áspero".

Hay que tener en cuenta que el francés era la lengua más en uso durante los siglos XVIII y XIX; hasta para Federico el Grande era el idioma habitual.

Alejandro lo practicaba indistintamente como el alemán. No hay que olvidar que sus editores eran franceses y su colaborador y amigo Bonpland también. La edición original de esta obra es hoy rarísima y únicamente hemos podido encontrar un ejemplar entre los tesoros de la Biblioteca de la Sociedad de Amigos del País en La Laguna. La edición correspondiente española, editada en París en 1826, es más rara aún y no hemos podido encontrar en España ningún ejemplar. En el Museo Naval de Madrid podemos admirar las láminas de *Nova genera et species plantarum*, que eran las ilustraciones de la parte botánica de la edición francesa del *Viaje al Nuevo Continente*. Colaboraron con Alejandro en estos grabados de color dos Bonpland y un discípulo del mencionado profesor Willdenow. Es curioso que el mismo Humboldt escribe en su diario: "El precio de un ejemplar completo de mis obras americanas con encuadernación asciende a 2.753 escudos prusianos (aproximadamente 6.000 pesetas oro); son 20 tomos en folio y diez en cuarto".

Su correspondencia íntima es sumamente interesante, aunque muy incompleta. El mismo destruyó gran parte de ella. La que pudiéramos llamar científica es muy numerosa y prueba su estrecho contacto con los grandes personajes intelectuales de toda Europa. Importante la sostenida con Goethe y también con el astrónomo Gauss, con el sabio francés Pictet, con el ministro ruso conde de Cancrin, etc.

Su vida íntima y personal trató de ocultarla al gran público, y únicamente por contemporáneos suyos sabemos los rasgos psicológicos de su

personalidad y de su tan acusada modestia. Como contraste, de su hermano Guillermo existe una correspondencia íntima muy notable en las cartas cruzadas con su esposa y tituladas *Cartas a una amiga*, verdadero ejemplo de amor conyugal.

La correspondencia cruzada entre los dos hermanos es bastante escasa; casi una generación después de la muerte de Alejandro pasó hasta que la familia se decidió a reunir 25 cartas originales descubiertas en 1877 con cartas anteriormente publicadas por diversas revistas, especialmente la "Revista de Biester"; 37 cartas de su época en París y, finalmente, 19 de su viaje por Rusia y Asia.

El pequeño volumen titulado *Cartas de Alejandro von Humboldt dirigidas a su hermano Guillermo*, editado en 1880 por la casa Cotta, nos aporta también el texto de nuestra carta que es una de sus pocas manifestaciones personales, escrita bajo la impresión recibida durante su visita a Tenerife, primera etapa de su viaje al Nuevo Mundo.

El entusiasmo del hombre en plena juventud, movicio en el mundo científico, luce en estos renglones que insertamos aquí, esforzándonos para ofrecer al lector una traducción exacta seguida de un comentario.

Puerto de Orotava, pie del Pico de Tenerife,  
el 20 de junio de 1799.

Con inmensa alegría llegué a la tierra americana, donde me veo rodeado por cocoteros y platanares.

Salimos el 5 de junio [sc. de La Coruña]. Empujados por un viento fresco del NO. y con la fortuna suficiente de no haber encontrado ningún navío inglés, llegamos al décimo día a la costa de Marruecos; el 17 de junio a la isla de Graciosa y el 19 tomamos tierra en el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

Nuestros compañeros de viaje muy agradables, especialmente un isleño, D. Francisco Salcedo (1), quien me estimaba mucho, hombre confiado y de viva imaginación, como todos los habitantes de esta isla dichosa.

Hice muchas observaciones, especialmente astronómicas y químicas (sobre la calidad del aire, temperatura del mar etc.). Las noches eran

---

(1) D. Francisco de Salcedo es un personaje que no ha podido ser identificado.—(N. de la R.).

de maravilla; la luna lucía tan clara en ese cielo puro y diáfano, que se podía leer en el sextante; ¡y qué decir de las constelaciones meridionales, del Centauro y del Lobo! ¡Qué noche! Pescamos una *dagysa* (2), especie muy poco conocida, exactamente en el mismo punto donde Banks la descubrió; y una nueva especie botánica, planta verde con hojas de vid (sin ser *fucus*) a una profundidad de 50 toesas (3).

El mar resplandeció todas las noches. Cerca de Madeira encontramos algunos pájaros volando en dirección contraria a la nuestra, que buscando confiadamente nuestra compañía cambiaron su ruta y navegaron muchos días con nosotros.

Tomamos tierra en Graciosa para enterarnos si nuestra ruta se hallaría libre de naves enemigas y si las fragatas inglesas cruzarían hacia Tenerife; en vista de los informes negativos seguimos nuestro camino y llegamos felizmente sin percibir un solo navío. Cosa increíble: una hora después de nuestra llegada, seis fragatas inglesas aparecieron ante el puerto. Nada hemos de temer de ellas hasta las Indias Occidentales. Mi salud es magnífica y estoy encantado con el Sr. Bonpland.

En Tenerife disfrutamos la tradicional hospitalidad que reina en todas las colonias. Fuimos muy agasajados por todo el mundo, que en su afán de tener noticias de Europa acudían a nosotros. El pasaporte real produce milagros.

En Santa Cruz nos alojamos en casa del general Armiaga (4); aquí vivimos en casa del comerciante inglés John Collogan (5), donde se aloja-

(2) No hemos podido identificar el pez *dagysa*, pescado por Humboldt. Debe de tratarse de una especie muy poco conocida, pues no figura en ninguna de las obras especiales que hemos podido consultar.—(N. de la R.).

(3) En el original *Toisen* = antigua medida francesa = 1,949 m.

(4) Se trata del Mariscal de Campo D. José Tomás de Armiaga y Navarro, segundo Comandante General de las Islas Canarias, caballero santiaguista, natural de Madrid. Intervino en la Junta Suprema de Canarias y murió soltero en Santa Cruz de Tenerife el 11 de noviembre de 1810.—(N. de la R.).

(5) Debe de tratarse de D. Juan María Cólogan, nacido en La Laguna en 1776, y que contaba 23 años entonces; o, mejor, de su padre Tomás Juan (1743-1810), que acaso usara preferentemente su segundo nombre. A Juan María Cólogan Fallón, el joven aludido, se refiere el curioso folleto *Don Juan Cologan Fallon á sus acreedores y Juan Bautista Antequera á D. Juan Cologan, á los acreedores y al que gustare de leerle*. La Laguna. En la imprenta de la Universidad Nacional de San Fernando, por D. Juan Díaz Machado. Año 1823, 8º, 82 págs. Hay un ejemplar en la Biblioteca de la Real Sociedad Económica, en La Laguna.—(N. de la R.).

ron también Cook, Banks, Lord Macartney. No puede imaginarse el bienestar que reina en estos hogares y la cultura de sus mujeres.

23 de junio por la noche.

Anoche regresé del Pico. ¡Qué maravilloso espectáculo! ¡Qué delicia! Estuvimos dentro del cráter a una profundidad a la que seguramente no ha descendido ningún explorador. Además, ninguno de ellos, excepto Borda y Mason, llegaron más allá del último cono. El peligro no es grande, pero el cansancio a causa del calor y el frío sí lo es. Dentro del cráter los vapores de azufre horadaban nuestros trajes, y las manos se nos quedaron heladas. La temperatura era de 2 grados bajo cero Réaumur. ¡Dios mío, qué sensación en esa altura (11.500 pies)!

Sobre nosotros la bóveda azul oscuro del cielo; viejas riadas de lava a nuestros pies; a nuestro alrededor el espectáculo desolador de varias millas cuadradas de piedra pómez rodeadas por bosques de laurel; más abajo viñas, por entre las cuales los platanares se extienden hacia el mar; los pueblos graciosamente enclavados en la costa, el mar, y las siete islas, de las cuales La Palma y Gran Canaria con sus altos volcanes bajo nuestros pies. Se extendía un mapa.

El cráter, en el cual estuvimos, producía solamente vapores de azufre. La tierra tiene una temperatura de 70 grados Réaumur. Al lado erupciones de lava. También existen pequeños cráteres, como aquellos que años atrás iluminaron toda la isla. Por aquel entonces y durante dos meses se oyeron los ruidos de explosiones subterráneas y piedras grandes como casas fueron lanzadas a 4.000 pies de altura.

Hice muy importantes observaciones mineralógicas. El Pico es un monte de basalto, sobre el cual existe pizarra de pórfido y pórfido obsidiana. Interiormente se desencadenan con furia trombas de fuego y agua. Casi todas las lavas son de basalto fundido. La piedra pómez procede del pórfido; tengo trozos que están compuestos de las dos cosas por partes iguales.

Delante del cráter, bajo las piedras llamadas Estancia de los Ingleses, al pie de una corriente de lava, pasamos una noche al aire libre. A las dos de la madrugada continuamos nuestra marcha hacia el último pico.

El cielo estaba completamente estrellado y la luna lucía dulcemente, pero el buen tiempo había terminado. La tempestad comenzaba silbando con violencia alrededor de la cima. Tuvimos que asirnos fuertemente a

la boca del cráter. Semejante al trueno rugía el aire en los abismos una masa de nubes nos separaba del mundo de los vivos. Descendimos del pico, que parecía flotar sobre las nubes, aislado como un navío en el mar. Este cambio súbito de la bella y alegre claridad de la luna a la oscuridad y soledad de la niebla nos dió una impresión indescriptible.

*Postscriptum.* En la Villa de la Orotava hay un drago (*Dracaena draco*) con una circunferencia de 45 pies. 400 años antes, en tiempos de los guanches, tenía el mismo grosor.

Consternado me alejo de esta tierra; quisiera fijar aquí mi residencia, cuando apenas he abandonado tierra europea. ¡Si tú pudieras ver estas campiñas, estos bosques milenarios de laurel, estas uvas, estas rosas! Con albaricoques se ceba aquí a los cerdos. Por todas las calles pululan camellos.

En este momento, el 25, levamos anclas.

Esta carta refleja bien claramente el conjunto de las observaciones científicas, la enorme sensibilidad para percibir la belleza del paisaje y el juicio crítico para discriminar la vida cotidiana en todos los aspectos; nos demuestra también el concepto exacto y la lógica que Alejandro poseía ya al empezar su inmensa obra y la concienzuda preparación realizada antes de emprender su viaje a las Indias Españolas. Con relación a los personajes que se mencionan en la carta podemos decir que:

**Banks** (1743-1820) acompañó a **Cook**, del que ya Humboldt tenía referencias detalladas durante sus estudios en Goettingen; **Macartney** fué otro de los grandes investigadores ingleses del siglo XVIII. El francés **Jean Charles Borda** (1733-1799) ganó fama como matemático y marino. Su compañero de viaje, el francés **Aimé Bonpland** (1773-1858) cursó la carrera de medicina, estudió física con el famoso profesor Gay-Lussac y botánica con el no menos famoso **Corvisant**, los cuales le ayudaron en la preparación del viaje que iba a emprender con Humboldt al Pacífico, y que fracasó, y a la expedición al Nuevo Mundo, que al fin se realizó. Más tarde, mientras trabaja en la edición del *Viaje al Nuevo Continente*, le encontramos como botánico y director de los jardines de Malmaison, propiedad de la Emperatriz Josefina. Con la caída de Napoleón, Bonpland se ausenta de Francia y le vemos en Buenos Aires como catedrático de Historia Natural. En 1820 fué detenido en Paraguay. Humboldt, enterado de la triste situación de su viejo amigo, intervino por mediación de las

legaciones de Prusia en Madrid y Londres para obtener la libertad que ganó en 1829. Vivía más tarde en una estancia en Santa Ana muy modestamente y a los 85 años dejó de existir este sabio, que terminó así una vida llena de contrastes.

El comerciante Colloghan, de origen irlandés, fué el huésped de Humboldt en su finca "La Paz" durante la permanencia de éste en el Puerto de La Orotava. La sencilla villa situada en las inmediaciones del Puerto, sobre un pequeño altozano que domina el mar, posee una elegancia colonial de estilo Carlos III, con sus típicos muros que amparan el pequeño jardín y la huerta a cuya puerta principal conduce un pequeño paseo bordado de cipreses que, aunque sombríos, no entristecen el alegre panorama tinerfeño. El actual propietario nos aseguró que el edificio está apenas cambiado. Él, también un señor Colloghan, nos muestra un buen cuadro del antepasado suyo que hospedó bajo el mismo techo a tantos extranjeros y en 1799 al viajero nórdico.

Durante toda su vida, Alejandro nunca perdió el interés por las Islas Afortunadas. Gracias a su iniciativa, su amigo, el geólogo Leopold von Buch dedicó durante un viaje a Tenerife todo su afán a investigar científicamente los problemas volcánicos. En 1805, inmediatamente después de su vuelta de las Indias, viajaron éste y Humboldt con Gay-Lussac por Nápoles para observar allá la erupción del Vesuvio. En 1822, otro viaje común tuvo como fin investigaciones geológicas en los Alpes italianos.

Con impaciencia esperaba Alejandro la publicación de la obra de Buch, y escribe a su hermano: "pourquoi son livre des Canaries que j'attends comme le Messie, ne paraît pas?" En 1825 apareció este libro en alemán *La descripción física de las Islas Canarias*, que según el juicio de un contemporáneo inglés, Francis Coleman Mac-Gregor: "... es, sin duda alguna, la obra actual más substanciosa que existe, no solamente sobre las Islas sino sobre cualquier otro grupo de islas volcánicas".

En la misma correspondencia con su hermano Guillermo encontramos una carta de Alejandro en la cual describe, con fino humorismo, a Buch: "Mr. von Buch es sin duda el primer geólogo de nuestro siglo; es un fenómeno psicológico; no se podría unir a tanto ingenio y a tanta nobleza de carácter más extravagancia. El aislamiento voluntario en el cual ha vivido siempre ha aumentado a buen seguro su gusto por la independencia y su irritabilidad nerviosa que le hacen ponerse furioso a la sola idea de tener que tomar un guía. Camináis pacientemente horas enteras

con él, consulta el mapa, no se llega a la cabaña donde hay que pasar la noche; llueve a cántaros, os encontráis un viñador y seriais el más detestable de los hombres a sus ojos si osaséis preguntar el camino para aseguraros la ruta que habéis de emprender. A los 50 años camina 14 horas diarias; lo que más le cansa, dice, "es tener que hablar constantemente". Si está solo habla en alta voz. Discute con sus antagonistas en mineralogía, y tiene la manía de creer que sus méritos son casi siempre despreciados; discute solo, y "eso lo agota". De cuando en cuando se para, se frota las manos con una rapidez vertiginosa, las levanta al cielo y con la boca entreabierta, las antiparras sobre la nariz, la cabeza levantada hacia atrás, "goza el sol de Italia"; no tiene más que una idea fija, la cual vuelve sin cesar; sin embargo, al lado del granito y de los eufoditos le gusta también recordar lo que su hermano tiene a bien contar de las aventuras de las damas de la reina; es aristócrata y más, por oficio, y la pequeña cinta roja hacia la cual su imaginación se dirige en medio de las delicias de la naturaleza, le causó un vivo placer no del todo filosófico".

El sutil retrato con que dibuja al "deutschen Professor" no daña en modo alguno ni al pintor ni al objeto de sus pinceles. De la multitud de investigadores, viajeros y novelistas que bajo la influencia de Alejandro von Humboldt visitaron el Archipiélago, es menester mencionar por lo menos a uno, al cual debemos una monografía, *Las Islas Canarias, su pasado y su presente*, que da una descripción económica de las primeras décadas del siglo XIX. También este autor pertenece al círculo de amistades de Humboldt. Heinrich Freiherr Menu von Minutoli, nacido en Ginebra (Suiza) en 1772, comandante general del ejército de Prusia, visitó Egipto (1820-1822) y más tarde, nombrado cónsul general de Prusia en Madrid, aprovechó su estancia para visitar las Islas Canarias; gracias a la amabilidad del difunto Marqués de Alcaicázar, pudimos leer esta bien documentada obra.

Humboldt mismo estudió la historia de las Islas no solamente bajo el aspecto de físico y geológico. Treinta años después de su visita—en 1833—, presenta al gran público *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Muchos de los problemas tratados en las páginas de la *Revista de Historia* los encontramos en estos dos tomos, de los cuales existe una edición moderna en español.

Humboldt cita desde luego a Viera y Clavijo muy a menudo, la participación de los catalanes en viajes de descubrimiento, el astrolabio de

Raimundo Lull, la literatura clásica de griegos, latinos y árabes, las fuentes de Cristóbal Colón, el *Opus Epistolarum*, de Pedro Mártir de Anglería, la cartografía medieval y la figura de Martin Behaim son las piedras sobre las cuales construye su obra.

Es posible que algún detalle de sus opiniones científicas nos parezca anticuado, pues han pasado más de cien años y la ciencia ha progresado; pero no cabe duda que Humboldt fué casi el único que dirigió la atención del mundo científico hacia las observaciones de Cadamosto y de Cristóbal Colón sobre la erupción del Pico durante su primer viaje a las Indias. (Cfr. Serra en esta Revista, núm. 74, 1946, pág. 194).

No podemos hacer más que dirigir la atención de los expertos al capítulo *La esclavitud de los indios*; a nuestro parecer es una de las defensas más nobles y bien documentadas del siglo XIX contra la leyenda negra.

Volviendo la vista a nuestra carta, vemos que en 1799 Alejandro escribe: "pescamos una nueva especie botánica, planta verde con hojas de vid (sin ser *fucus*)". En su obra sobre el descubrimiento de América discute Humboldt extensamente el problema de los bancos de fuco o algas flotantes y cita la carta de Colón del año de 1498 que habla de "la yerba de una calidad que parece ramitas de pino y muy cargada de fruta como lentisco que es tan espesa". Humboldt investiga si se trata del *Fucus abiesmarina* o del *Fucus natans* (Linneo), y dedica un capítulo entero al "mar de Sargazo". Para comprobar la exactitud de las observaciones de Colón, comprueba todas las observaciones científicas posteriores y habla él mismo de "un trabajo minucioso", en el que cita una docena de autores desde Aristóteles hasta sus contemporáneos como Navarrete y Livinstone. Refiriéndose al cuento de Garcilaso y de Gomara y Acosta, de que un piloto de Huelva, llamado Alonso Sánchez, que en una travesía de España a las islas Canarias, en 1484, pretendió haber llegado hasta las costas de Santo Domingo, se ocupa de las relaciones entre Toscanelli y Colón. Creemos que pocos autores, ni hoy ni en el siglo XIX, se dedicaron al problema tan íntimamente relacionado con la Isla de Tenerife como el del mito geográfico de la Isla de San Brandón, usando para su crítica las obras de Viera y Clavijo, las advertencias del P. Feijóo y hasta la obra de Washington Irving.

Alejandro von Humboldt nos da en su obra maestra *Cosmos* una idea sobre los recuerdos que evocaron "más fuertemente esta nostalgia ili-

mitada e inexorable de visitar las zonas tropicales". En las imágenes de su pasado entre las que, nos dice, le hicieron nacer este sentimiento, se encuentran: las descripciones de las islas del Pacífico por Georg Forster, un cuadro de Hodge con un panorama del Ganges y el "drago" colosal que se halla junto a una torre antigua en el jardín botánico de Berlín; a ellas se asocian sus recuerdos de juventud, en los que el viaje a la isla de Tenerife ocupa lugar preeminente.

Plumas más dignas dieron su juicio sobre este amigo de las Islas Canarias y de España: el mismo Goethe habla del "investigador digno de admiración" y dice a Eckermann "que él es semejante a una fuente con muchos caños; hay que recoger el líquido solamente con vasijas; chorrea tan abundantemente que resulta siempre para nosotros ameno e inagotable".

Esperemos que el monumento sobre su tumba en Tegel, "La Esperanza", del maestro Thorwaldsen, simbolice al futuro: El renacimiento de la ciencia común europea.

#### LITERATURA

(En vista de las dificultades existentes todavía, hemos podido usar solamente las obras abajo mencionadas; es decir, una parte muy limitada de las fuentes literarias existentes).

1. BIELSCHOWSKY, ALBERT: *Goethe. El hombre y su obra. Refundición de Casa Herrera. Barcelona, 1944.*
2. BORY, I. B. G. M. DE A. VINCENT. *Offizier français: Essais sur les Isles fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'histoire générale de l'Archipel des Canaries. Paris. Año XI. (1803).*
3. BUCH, VON LEPOLD: *Physikalische Beschreibung der Canarischen Inseln. Berlin. Gedruckt in der Druckerei der Koenigl. Akademie der Wissenschaften. 1825.*
4. COLEMAN MAC-GREGOR, FRANCIS: *Die Canarischen Inseln nach ihrem gegenwaertigen Zustande, und mit besonderer Beziehung auf Topographie und Statistik, Gewerbefleiss, Handel und Sitten von vormaligen Koeniglich Grossbritannischen Consul auf den genannten Inseln. Hannover, 1831.*
5. COOK, JAMES (Vols. I-II) and KING, JAMES (Vol. III): *A voyage to the Pacific Ocean in the "Resolution" and "Discovery". Dublin, 1784.*
6. FARINELLI, ARTURO: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. 1ª ed. 1920, 2ª ed. Roma 1942.*

7. FARINELLI, ARTURO: *Guillaume de Humboldt et l'Espagne. Avec une esquisse sur Goethe et l'Espagne*. Torino, 1924. (Obra bien documentada, única en su género).
8. GLAS, GEORGE: *History and Conquest of the Canary Islands, etc.* London, 1764.
9. MICHIELI: *A. de Humboldt et suoi viaggi*. Torino, 1930.
10. MINUTOLI, HEINRICH FREIHER MENU VON: *Die Canarischen Inseln, ihre Vergangenheit und Zukunft*. Berlin, 1854.
11. MOREL-FATIO: *Etudes sur l'Espagne*. II serie. Paris, 1854.
12. LEDRU, ANDRÉ-PIERRE: *Voyage aux Iles de Ténériffe, La Trinité, etc. exécuté par ordre du Gouvernement Français sous la direction du Capitaine Baudin*. Paris, 1810.
13. OSSUNA Y VAN DEN HEEDÉ, MANUEL: *Cultura Social de Canarias en los Reinados de Carlos III y Carlos IV*. La Laguna, 1914.
14. WELDLER-STEINBERG, DR. AUGUSTA: *Rahel Varnhagen. Ein Frauenleben in Briefen*. 2. Aufl. Weimar, 1917.

#### Obras de Alejandro von Humboldt, etc.

1. Briefe Alexander's von Humboldt an seinen Bruder Wilhelm. Herausgegeben von der Familie von Humboldt in Ottamachau. Stuttgart 1880 bei Cotta. 228 págs.
2. Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI. Obra escrita en francés, traducida al castellano por D. Luis Navarro y Calvo. 2 tomos (398 páginas y 382 págs.) Madrid, 1914. Tomo CLXIII y tomo CLXV de la Biblioteca Clásica.
3. *Rélation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801. 1802, 1803 et 1804, rédigé par A. de Humboldt et A. Bonpland*. 3 tomos en 4º París, 1811-1829, et 13 tomos en 8º París, 1816-1832.
4. Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, 1799 hasta 1804. Paris, 1826.
5. Minerva. Ensayo político sobre el reyno de Nueva España. Sacado del que publicó en francés Alejandro de Humboldt. Por D. P. M. de O. Madrid. 1828, en la Imprenta de Núñez. 2 tomos (445 páginas y 462 págs.)
6. Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo, vertida al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes.
7. Cuadros de la naturaleza. Traducción de Bernardo Giner.
8. Sitios de las Cordilleras. Traducción de Bernardo Giner. Núms. 6-8. Madrid. Imprenta de Gaspar. 1878.

HUMBOLDT, ALEXANDER VON  
S. 100



Alejandro von Humboldt (1769 - 1859)



**Retrato de D. Antonio Porlier, primer Marqués de Bajamar, que figura en «Libros con ilustraciones de Goya», publicado recientemente por el Académico de número y Secretario perpetuo de la Real de la Historia D. Vicente Castañeda**

**(De otro retrato de dicho Marqués, pintado al óleo por el mismo Goya, es poseedor su descendiente el actual Marqués D. Antonio Porlier y Ugarte)**